

## CAPÍTULO 2

# LA TEORÍA TRIDIMENSIONAL DEL PODER

Dado que el presente trabajo va a analizar la acción noviolenta, vamos a necesitar de dos fuentes teóricas principales atendiendo a los dos vocablos que componen el concepto: acción y noviolencia. La conexión entre ambas teorías nos la proporcionará una teoría del poder que recoja coherentemente las aportaciones de una teoría de la acción social y nos permita fundamentarla en términos de acción noviolenta. Eso es lo que vamos a realizar a lo largo de esta sección. Dado que es un capítulo de un contenido muy abstracto, a los lectores que se les haga pesado les recomendamos que se lo salten y vayan directamente a la teoría de la dominación, y vuelvan a él si necesitan entender las razones teóricas por las que optamos por un modelo teórico del poder de carácter tridimensional.

### **2.1 Las dimensiones instrumental y comunicativa de la acción social**

La teoría de la acción social que vamos a utilizar va a recoger tres dimensiones racionales que aluden diferentes formas de interpretar la intención y las consecuencias de la misma. Son dimensiones racionales porque son formas de interpretar la acción social, por lo que no son excluyentes, sino que simplemente atienden a diferentes formas de preguntarse por el significado o significados subjetivos de la acción. Es tridimensional porque va a recoger las aportaciones de las dos tradiciones sociológicas en torno a la acción social, una de carácter bidimensional que distingue entre las dimensiones instrumental y expresiva, y otra que interpreta a ambas desde otra óptica el balance de poder, como es la teoría del intercambio que veremos más abajo. Es decir, desde la dimensión racional en la que se interpreta el poder como intercambio lo que se

interpreta son precisamente a las otras dos dimensiones, y es por lo tanto una forma de poder analizarlas simultáneamente.

La historia de estas distinciones es larga, ya que a principios de siglo XX, el padre de la sociología del poder, Max Weber, al referirse a la acción social, recogió la idea de Ferdinand Tönnies de distinguir entre la intención instrumental (o racional) y la intención esencial (o emocional). Weber en cambio profundizó en la idea y desdobló la racionalidad de la acción en cuatro tipos: instrumental respecto a fines, instrumental respecto a valores, tradicional/rutinaria y afectiva/emocional (Weber, 1922). Aunque, en nuestra propuesta, no sigamos esta clasificación de Weber, sí que vamos a entender la acción social en el sentido weberiano como una conducta dotada de significado intencional tanto para el que la hace como para el que la observa. Esto a su vez llevará a entender que la acción política, ya sea institucional o no institucional, violenta o pacífica, también está dotada de significado y que este será diferente para el que la lleva a cabo y para el que la observa. Esto nos separará de concepciones positivistas o conductistas de la sociedad, ya que no reconocen el subjetivismo, y nos acercará a un análisis cualitativo del hecho político, en este caso, la acción noviolenta, del cual queremos proponer un modelo para su análisis histórico que sirva como base a un modelo de gestión de estrategias que pueda usar un movimiento social o político. Esta visión weberiana, centrada en la intención de la acción nos permitirá distinguir entre el propósito de la acción y las consecuencias reales derivadas de ella, pero fieles a nuestra concepción subjetivista, tan sólo podremos analizar la forma en que los actores interpretan estas consecuencias, y no pretenderemos dar interpretaciones propias como si fueran objetivas. Esto, a su vez, nos permitirá fijar la atención entre las diferentes formas de interpretar la acción que tienen los distintos actores sociales, lo cual también nos llevará a buscar un modelo de acción política que incluya los actores sociales relevantes.

Respecto a la idea de acción social, hay que señalar que también vamos a utilizar la distinción entre conducta instrumental y

conducta expresiva realizada por Talcot Parsons (Parsons, 1951), pero con una interpretación más cercana a la que hiciera Thomas Luckmann desde la fenomenología o Jürgen Habermas desde la teoría de la acción comunicativa. Luckmann distinguía entre los “motivos por” como fundamentos individuales de la acción expresiva (explicaciones causales) y “motivos-para”, propios de la instrumental (explicaciones finales o teológicas) (Luckmann, 1992). Habermas distinguía entre acción instrumental, cuando la acción estaba orientada al éxito en un contexto no social (no se interpreta atendiendo a los mensajes que lanzan), acción estratégica cuando lo estaba en un contexto social (se lanzan mensajes) y acción comunicativa, cuando el objetivo de la acción era la comprensión mutua (Habermas 1989). Aunque no vamos a utilizar su terminología, hemos de decir que ambas propuestas son totalmente coherentes con la epistemología de un modelo de acción tridimensional que vamos a desarrollar en este apartado. La descripción de Luckmann coincide con nuestra visión de dos dimensiones racionales de la acción en esta fase, mientras que la visión de Habermas se puede interpretar como una manera de incluir la tercera dimensión distributiva o compensatoria en términos de comunicación social, aunque él las denomina con términos diferentes. La acción estratégica podría considerarse una interpretación desde lo que aquí hemos llamado dimensión comunicativa mientras que Habermas denomina acción comunicativa e interpreta como un intercambio de recursos para llegar a un consenso. Nosotros vamos a adoptar una terminología más cercana a la propuesta por Galbraith para poder énfasis precisamente en los aspectos compensatorios relativos al intercambio de esta dimensión (Galbraith, 1985).

De Habermas tomaremos, además, la idea de considerar el sentido teleológico de la acción como algo racional, fundamental para considerar la acción política o la acción sociopolítica como actos racionales. Si bien para el filósofo alemán existen cuatro dimensiones racionales (tipos de racionalidad) en la acción social (instrumental con respecto a fines, normativa, expresiva/dramatúrgica y comunicativa u orientada al diálogo),

nosotros hemos llegado a sólo tres dimensiones racionales de la acción en cuanto entendemos que la racionalidad normativa y la racionalidad expresiva hacen referencia a una misma dimensión comunicativa de la acción, ya que recoge los aspectos cognitivos de la misma. De esta manera buscaremos la coherencia con las aportaciones de la psicología cognitiva a la hora de interpretar los esquemas cognitivos que definen nuestra realidad como paradigmas que se contrastan con la experiencia vital. La acción noviolenta, será pues, desde nuestra perspectiva, una forma de crear disonancias cognitivas en cuanto a la percepción tanto de lo que sucede como de la justificación moral que pueda tener. Como la acción noviolenta por definición evita la acción violenta, logra eludir un importante sesgo comunicativo derivado de la diferente interpretación de la violencia que se hace desde diferentes puntos de vista.

El profesor sueco Stellan Vinthagen ha sido el autor que ha elaborado sistemáticamente una teoría de la acción noviolenta basándose en la teoría de la acción comunicativa de Habermas (Vinthagen, 2015), y ha llegado a conclusiones totalmente compatibles con nuestra propuesta, aunque lógicamente él ha señalado cuatro dimensiones de la acción noviolenta y nosotros consideramos más útil sólo tres por las mismas razones citadas más arriba (dar énfasis a un enfoque cognitivo de la acción social). Pero el esfuerzo de Vinthagen iba más allá que el de elaborar una teoría de la acción de la acción noviolenta, ya que para el sueco era importante recuperar las ideas de los activistas de la noviolencia que los autores del enfoque pragmático habían dejado atrás. No es de extrañar que Vinthagen encontrara totalmente compatibles los planteamientos de Habermas con los del propio Gandhi, cuya teoría del “ahimsa” y el “satyagraha” resaltan la importancia de los aspectos comunicativos de la acción:

Hay similitud básica entre Habermas y Gandhi. En Habermas, los tipos racionales de la acción están coordinados por racionalidad comunicativa (racionalidad mutua) mientras que en Gandhi la verdad mutuamente reconocida es un

objetivo superior en la lucha noviolenta. Entonces, de acuerdo con la perspectiva habermasiana, un debe describir conceptualmente a los movimientos noviolentos como orientados multiracialmente hacia el consenso. (Vinthagen, 2015, págs 127-128. Traducción del autor)

Esta investigación entendemos que la acción se puede interpretar, en primer lugar, con respecto a dos dimensiones, la dimensión instrumental y la dimensión comunicativa, que pueden primar más o menos en el objetivo de la acción, a las que añadiremos una tercera dimensión. Además vamos a incluir variables irracionales tan propias del sentir humano y que las sitúa en lo que en nuestra teoría de la acción política vamos a considerar como un momento previo a la acción política, el del reconocimiento del problema y el rechazo del mismo. De esta manera la identidad colectiva llevará a las personas a posicionarse dentro de la perspectiva del que hace la acción (endogrupo) o del que la observa (exogrupo).

Consideraremos por tanto que una determinada acción tiene una dimensión instrumental, en cuanto es un medio para conseguir un fin en sí mismo, sin tener en cuenta posibles mensajes que se lanzan (lo que Habermas señala como un entorno no social). La acción adquiere, por tanto, desde esta dimensión el valor de un instrumento, un mero medio para conseguir algo en el mundo físico. Para Vinthagen (es decir, si seguimos la teoría de la acción comunicativa de Habermas aplicada a la acción noviolenta) esta dimensión instrumental coincidiría con la acción orientada a fines que aplicado al caso de la acción noviolenta él denomina acción noviolenta estratégica, y que lleva a entender la noviolencia como un contrapoder que busca el cambio social aumentando el coste de las políticas actuales y aumentando los beneficios de los cambios deseados (Vinthagen, 2015, pág. 119).

### **2.1.2 La dimensión comunicativa**

Por otro lado, consideraremos otra dimensión racional, que

podemos denominar comunicativa, expresiva, cognitiva o simbólica en cuanto esa acción es interpretada por cada uno de los actores sociales dependiendo de su propio esquema cognitivo, que a su vez estará definido por la identidad colectiva. Desde esta dimensión se contempla la acción en forma de los diferentes mensajes que se lanzan hacia los diferentes actores sociales. En el caso de una acción violenta está muy claro que un asesinato por causas políticas se puede interpretar por su valor instrumental, la eliminación física de un oponente cuya actividad antagonista se detiene, y otra de carácter simbólico, como puede ser expresar antagonismo hacia un grupo social o amenazarlo para coaccionar para que detenga una determinada actividad o ponga en marcha otra (es decir, para dominarlo), pero que será interpretada de forma diferente por los diferentes actores. En este sentido muchas veces la acción violenta lanza mensajes que no se dirigen expresamente hacia el oponente, sino para reafirmar posiciones de liderazgo dentro del propio endogrupo.

Para Vinthagen (y Habermas) esta dimensión comunicativa de la acción noviolenta recogería dos tipos de racionalidad, la acción noviolenta normativa y la acción noviolenta expresiva. La acción noviolenta normativa sería una forma de poner en cuestión la legitimidad del orden dominante, abriendo la posibilidad de nuevas normas reguladoras dentro de un marco normativo reconstruido (Vinthagen, 2015, pág. 109). Esto lleva a una dimensión de la noviolencia que la entiende como una forma de regulación normativa, y que está orientada hacia la comunicación de ideas y valores al oponente. La acción expresiva (que también se puede denominar dramática) pretende revelar la injusticia y la justicia en una representación de acciones, junto con roles e identidades de los actores sociales implicados, y posibles soluciones al conflicto (Vinthagen, 2015, pág. 117). Esta dimensión de la acción noviolenta la entiende como un acto de afirmación utópica y se puede interpretar que está orientado hacia espectadores de la acción, que al fin y al cabo son terceras partes en el conflicto representado. Hay también una afirmación de los propios roles e identidades, lo cual se

puede interpretar como una manera de definir o de redefinir al endogrupo (las personas que comparten la identidad colectiva del grupo de referencia) y al exogrupo (las que no la comparten). En este trabajo vamos a entender estas tres racionalidades comunicativas (normativa, dramática y autoafirmativa) como diferentes lados de un triángulo comunicativo en los que se interpretan de diferente manera las intenciones y consecuencias de un acto social o político como es la acción no violenta, ya que todas requieren de procesos cognitivos que se adaptan a la racionalidad imperante según el punto de vista.

Como hemos mencionado más arriba, en nuestro enfoque entenderemos ambas como un mismo proceso cognitivo en el cual la disonancia creada por la acción no violenta genera un cambio de paradigma. Creemos por lo tanto que para una mayor claridad del proceso comunicativo es necesario tener en cuenta la importancia del punto de vista con el cual se mira la realidad, ya que la identidad colectiva será el patrón que usaremos para determinar nuestros esquemas cognitivos. De esta manera tendremos que distinguir dentro del exogrupo al oponente, contra el cual se establece el desafío político que plantea la no violencia, de terceras partes, que asisten como espectadoras al intercambio de medidas violentas y no violentas entre ambos. Desde nuestro punto de vista basado como hemos dicho en la reelaboración de esquemas cognitivos, va a ser fundamental tener en cuenta la existencia de un triángulo que nos permita tener en cuenta cómo se interpretan los diferentes mensajes que se lanzan hacia el endogrupo, hacia al grupo oponente y a terceras partes. Es decir, nosotros no utilizaremos la distinción entre acción normativa y acción expresiva sino que simplemente nos centraremos en el hecho mismo de que interpretar la acción política como un mensaje, y distinguiremos entre las diferentes interpretaciones que se hacen desde los diferentes vértices de un triángulo comunicativo determinado por la identidad de cada actor colectivo y su papel en el conflicto (ver figura 2.1).

David Riches lo expresa así refiriéndose con una retórica

funcionalista a la interpretación de la violencia:

“Los actos violentos satisfacen tanto la función instrumental como la expresiva con igual eficacia. Es cierto que la función instrumental puede ser la más importante, puesto que el “propósito esencial” de la violencia, la anticipación táctica, implica la instrumentalidad; si un acto violento no tuviera un propósito instrumental, no se ejecutaría. Aun así, un acto violento en particular transformará, al mismo tiempo, el medio social en un sentido práctico y dramatizará vivamente importantes ideas sociales. En efecto, el mismo acto o imagen de violencia logrará seguramente más de un solo propósito expresivo. Por ejemplo, el hincha de fútbol británico enzarzado en una pelea contra un grupo rival expresa a su grupo una declaración de su propia validez como asociado; al grupo rival le hace una declaración de las capacidades políticas y sociales de su propio grupo y a las clases medias espectadoras le da una visión “escéptica” de las opiniones de la clase trabajadora sobre los valores de la clase media” (Riches, 1988, págs. 47,48).

De esta manera resulta evidente que en la dinámica comunicativa de un conflicto existe un triángulo en el que cada uno de los vértices observa el escenario obteniendo diferentes interpretaciones. Lo que para la acción violenta sería el triángulo formado por el ejecutor, la víctima y el testigo de esa violencia, para la acción noviolenta se transformaría en actor noviolento, oponente y terceras partes, quedando claro que se trata de actores colectivos que observan de manera diferente lo que ocurre en su endogrupo y lo que ocurre fuera del mismo.

Para evitar el controvertido término de “función”<sup>1</sup> que usa

---

<sup>1</sup>El concepto de “función” está asociado al paradigma funcionalista y al estructural-funcionalista de las ciencias sociales. Ambos fueron dominantes en las décadas centrales del siglo XX y estuvieron asociados a una visión



Riches, vamos a hablar de dimensiones racionales, aludiendo estas a las diferentes racionalidades con las que se puede interpretar un mismo hecho social. Así pues distinguiremos entre una interpretación desde una dimensión racional instrumental y interpretación desde una dimensión racional comunicativa, conceptos que recogen mucho mejor la propuesta de visión no excluyente que queremos aportar con esta distinción. Así pues, un acto de boicot comercial puede ser interpretado desde el punto de vista de la racionalidad instrumental atendiendo a los efectos de ejercer presión económica sobre el oponente, pero, a la vez, dicho acto puede servir como vehículo de expresión de una determinada posición política que será interpretado de forma diferente por el grupo del actor no violento que realiza el boicot, el grupo del oponente que sufre el boicot, y las terceras partes que ven cómo un actor lanza un boicot sobre otro. Es decir, la dimensión racional comunicativa variará dependiendo del actor que interprete los hechos porque cada actor tendrá unos esquemas cognitivos previos, y estos esquemas, tal y como veremos más adelante, estarán totalmente vinculados a su identidad colectiva.

Vemos, por tanto, que la confusión entre la dimensión instrumental y la comunicativa y el menosprecio de esta última a la hora de plantear una campaña no violenta puede ser un error estratégico fundamental que puede llevar al fracaso del movimiento. Un ejemplo de ello puede ser el caso de las movilizaciones tamiles en Ceilán a principio de los años sesenta, en las cuales los bloqueos que el Partido Federal promovió hacia las delegaciones del gobierno cingalés en las provincias tamiles tuvieron como consecuencia una mayor oposición de las masas cingalesas que apoyaban las políticas de discriminación, es decir, una forma de acción con escasa rentabilidad instrumental al suponer pérdidas económicas y represión sobre los tamiles tuvo como contrapartida una catastrófica rentabilidad comunicativa al transmitir un mensaje de antagonismo

---

conservadora de la realidad social.

que, si bien cohesionó el endogrupo (la comunidad tamil), también cohesionó al oponente lo suficiente como para legitimar su política de represión y discriminación.

## **2.2 La teoría bidimensional del poder.**

Esta teoría de la acción social bidimensional es totalmente coherente con la teoría del poder que se ha esforzado por señalar la importancia del consentimiento al mismo nivel que la coerción, distinguiendo así dos dimensiones racionales fundamentales en el poder. Si bien esta perspectiva se puede rastrear hasta el siglo XVI con la teoría de la servidumbre voluntaria de Etienne de la Boétie (Castañar, 2013, págs..41-57) no fue hasta mediados de siglo XX cuando alcanzó su máxima expresión con los estudios de Georges Burdeau y Carl Joaquim Friedrich, que estudiaron el poder centrándose precisamente en el polo opuesto al mando, esto es, la obediencia. Por eso entendían el poder como una energía de la voluntad en el que su fuerza motriz es el consentimiento (Friedrich, 1968). Para estos autores existe poder, porque existe legitimación del mismo, por lo que paralelamente existe obediencia en cuanto ésta sigue el interés de aquellos a los que se gobierna.

Para Burdeau, lo fundamental en la política es la institucionalización del poder, de manera que, cuando se institucionaliza, el mando no se acata por la coacción sobre los gobernados, sino por la autoridad que, como gobierno legítimo, ejerce sobre ellos, es decir, la idea que los gobernados tienen acerca de la obligación de obedecerlo y someterse a él (Burdeau, 1966). En sintonía con esta idea, para Maurice Duverger todo poder es una mezcla de violencia y creencias (Duverger, 1977, pág.23). Según Burdeau tienen una relación clara, ya que para él...

“el poder es una fuerza al servicio de una idea. Es una fuerza nacida de la conciencia social, destinada a conducir al grupo en la búsqueda del bien común, fuerza capaz -dado el caso-, de imponerles a los miembros del grupo la actividad que

ordena” (Burdeau, 1966, pág. 407)

De modo similar, Friedrich estableció la tautología “*Poder = Coerción + Consentimiento*” donde la diferenciación entre coerción y consentimiento depende de la voluntad del sujeto sobre el que se trata de conseguir obediencia, o dicho de otro modo, si hay quiebra de la voluntad se trata de coerción, si no la hay se trata de persuasión y, por tanto, se actúa con el consentimiento del que obedece (Friedrich, 1968). Desde este punto de vista, el poder “es en cierta medida una posesión, y también en cierta medida, una relación” (Friedrich, 1968, pág. 183) refiriéndose con ello a que el poder coercitivo institucionalizado se puede interpretar como una posesión y el poder consensual como una relación, de forma que ambas se encuentran presentes en toda forma política.

Esta visión bidimensional del poder es totalmente coherente con la teoría bidimensional de la acción social que distingue entre acción instrumental y acción comunicativa al vincular los procesos de coerción con dinámicas instrumentales y procesos de influencia que generan consentimiento con procesos comunicativos. Estos procesos tuvieron presencia en la teoría del poder de Sharp, que desde nuestro punto de vista pretendía explicar el funcionamiento de la cooperación con el poder (un fenómeno que entendemos asociación al consentimiento y por tanto en la esfera de la dimensión comunicativa) atendiendo principalmente a sus procesos instrumentales (Sharp, 1973). Sin embargo, desde las ciencias sociales ya se estaban empezando a analizar los procesos comunicativos que posibilitan el consentimiento del dominado y por tanto la interpretación de la colaboración con el poder desde la dimensión comunicativa de la acción social.

Más adelante veremos cómo esta interpretación limitada del poder supondría el principal déficit de la teoría del poder de Sharp, basada en una concepción voluntarista del consentimiento que pasaba por alto los procesos de imposición cultural resumidos en el concepto de hegemonía de Gramsci, el de consenso de Hannah Arendt, o el de disciplina de Michel Foucault. Para Sharp el poder

depende de la cooperación de los dominados, por lo que la no-cooperación se establece como la forma principal de resistencia al mismo.

Por otro lado, desde los años 60 se había empezado a releer y reinterpretar la obra de Antonio Gramsci, escrita en los años 30, pero relegada hasta entonces a círculos marxistas. La relectura principal que se hizo de Gramsci sobre la teoría del poder fue la recuperación de la distinción que realizó entre dominio, de carácter instrumental y basado en la coerción, y dirección, de carácter intelectual y moral y basada en la hegemonía, es decir, el control de los medios de producción simbólica para incitar a aceptar el sometimiento como el estado normal de las cosas. Como se puede ver se trata en realidad de las mismas dos dimensiones instrumental y comunicativa que hemos visto como características de la acción social, así como las señaladas por Friedrich o Burdeau. La diferencia principal con estos últimos es que Gramsci y algunos de sus reinterpretaciones, como la de Althusser, ponían más énfasis en el papel del poder como dominación y la forma en que las clases dominantes logran el consentimiento mediante el monopolio de los aparatos de producción ideológica (Lukes, 2005, págs.7-8). En este enfoque quedaría resaltado el papel de la sociedad civil como conjunto de instituciones que configuran la opinión pública y, por tanto, como lugar donde plantear la resistencia a la dominación.

La idea voluntarista del consentimiento seguía estando presente en buena medida en esta interpretación “cultural” de Gramsci, pero no en otras interpretaciones no culturales del sus ideas. Estas entendieron la hegemonía como un proceso de alineamiento de ciertos intereses de las clases dominadas con las de las clases dominantes, de forma que la cooperación con la dominación obedece a la percepción real de intereses de estas clases, siendo por tanto un proceso que no se entiende como un mero asentimiento, sino como algo cognitivo y conductual. “Los asalariados consienten con la organización capitalista cuando actúan como si pudieran mejorar sus condiciones materiales dentro

del capitalismo” (Przeworsky, 1985). Pero para llegar a esta interpretación hubo que desarrollar primero una visión estructuralista de la sociedad que afectó notablemente a la forma en que se concebía el propio poder.

Por otro lado, la separación entre consentimiento y coerción, igualmente clave en la obra de Sharp también aparecía en la obra de Hannah Arendt, que usaba un concepto normativo de poder basado en la tradición greco-romana clásica, que ella denominaba republicana (Arendt, 1973). Arendt llegó a afirmar que el poder debía ser consensuado para ser tal, es decir, para ser legítimo, por lo que negaba la posibilidad de que exista un poder ilegítimo en cuanto no sería poder (Arendt, 1973). La autora de *“Los Orígenes del Totalitarismo”* distinguía entre el poder, que emanaba del consenso y consentimiento de un grupo de personas, y la dominación, que se basa en el ejercicio de la violencia, y se estructura jerárquicamente. Esto la llevaba a considerar que “la violencia puede siempre destruir al poder; del cañón de un arma brotan órdenes más eficaces que determinan la más instantánea y perfecta obediencia. Lo que nunca podrá brotar de ahí es el poder” (Arendt, 1973, pág. 155).

En realidad, su postura es una radicalización de las ideas de los teóricos del consentimiento de los años sesenta que hemos mencionado más arriba (Friedrich, Burdeau, Duverger), pues al redefinir el concepto de poder entendemos que pretendía establecer una crítica feroz a la violencia como fundamento del poder, para así establecer una teoría de la democracia que la renovara radicalmente y que evitara fundamentarse en el monopolio de la violencia legítima. Desde nuestro punto de vista lo que pretendía Arendt, al eliminar la violencia como fuente del poder, era enfatizar que el poder que emanaba de la violencia no podía ser legítimo. Esto permite explicarnos por qué rechazó como fuente del poder precisamente la que había sido considerada hasta entonces como la única fuente de poder: la violencia.

Su aportación sería importantísima para nuestro análisis de

■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

la acción noviolenta, porque en vez de hablar de consentimiento, concepto inevitablemente voluntarista en cuanto individualista, habló sobre consenso, concepto inevitablemente social. Por lo tanto, la tautología de Friedrich se transformaría, según Arendt en:

Poder = Consenso

Lo realmente interesante de la concepción del poder en Arendt es que con la introducción del concepto de consenso desaparece la dicotomía que establece una diferencia ostensible entre los dominantes y los dominados. Cada persona colabora en cierta medida con el consenso establecido independientemente del grado de participación que haya tenido en la elaboración colectiva del mismo. Esto hace que desaparezca el voluntarismo en la aceptación de las relaciones de poder y se entienda este como un proceso subordinación participativa derivado de aceptar consensos establecidos socialmente. Si se aplica al ámbito de la acción noviolenta, vemos que los procesos de formación de consenso colectivo tienen que ser incluidos en el análisis estratégico de los actores ya que influirán no sólo como mecanismo del éxito de la acción noviolenta, sino también posibilitarán su surgimiento, al necesitarse muchas veces grandes números para la misma, lo cual implica a su vez un consenso para cohesionar para la movilización.

Igualmente, Michel Foucault también consideraba el poder como una relación de fuerzas, pero se centró, por el contrario, en lo que él denominaba la “microfísica” del poder, expresiones de procesos anónimos que conducen a la vigilancia, castigo y sanción de conductas que se desvían de la norma hasta que el propio individuo se disciplina, aceptando por sí mismo las conductas que se esperan de él. (Foucault, 1987). De este modo señaló los procesos de normalización y disciplinamiento por los cuales el poder produce verdad, mediante la producción de saber y la definición de lo que se considera como “normal”, que se identifica con el orden social dominante y legítima, por tanto, la propia dominación (Foucault, 1975). El binomio “coerción + consentimiento” sería transformado

por Foucault en el binomio “soberanía + disciplina”, una propuesta que sería igualmente coherente con nuestra teoría de la acción social basada en la distinción entre racionalidad instrumental (soberanía) y comunicativa (disciplina). Su análisis incidía con mucha precisión en los procesos de formación de consenso al relacionarlos con los procesos de disciplinamiento de los gobernados. En este sentido la definición de la realidad generada por el poder generaría la normalización de la dominación, y la consiguiente legitimización de la misma no estaría vinculada, por tanto, a procesos voluntaristas individuales sino a procesos cognitivos. No obstante, la libertad y la voluntad humana estarían recogidas, en el análisis de Foucault, en la importancia que dio a que esos intentos de disciplinamiento generarían múltiples resistencias locales en los lugares o nichos de saber dónde se hace patente el contraste entre la realidad percibida y la definición impuesta por el poder (Foucault, 2002). La lucha de estas resistencias locales contra la disciplina impuesta por el poder sería uno de los elementos centrales en la acción no violenta, ya que permite entenderla no sólo como algo instrumental, sino como una lucha por la definición de la realidad, es decir, como un proceso cognitivo de carácter colectivo, y por tanto mediado por una identidad, en el cual el elemento principal es la transformación de la visión hegemónica que normaliza la subordinación y el orden establecido.

Esta idea de disciplina como forma oculta de imponer el poder sería totalmente coherente con el concepto de violencia cultural de Johang Galtung (Galtung, 1985), refiriéndose a los procesos de legitimación de la violencia directa y de la violencia estructural, que como veremos en el siguiente apartado, hace referencia a una tercera dimensión del poder. De la misma manera la teoría feminista ha elaborado conceptos como poder invisible, o violencia invisible, para referirse igualmente a esos procesos de legitimación de situaciones de poder asimétricas o de violencia visible tanto en la esfera pública, como en la privada o la íntima (Lisa Weneklasen y Valerie Miller (2002, págs.39-58).

Estos procesos comunicativos de legitimación que llevan a la normalización, disciplinamiento y la elaboración de consensos serán una parte fundamental de las dinámicas de poder y dominación y nos llevan a una teoría de la acción y del poder bidimensional que se basa en la distinción entre las dinámicas instrumentales y comunicativas puestas en marcha mediante la acción social o política. Desde este enfoque no vamos a negar la importancia de los procesos instrumentales de sometimiento o dominación, pero resaltaremos la importancia de procesos cognitivos de carácter social que influyen en la normalización del consenso elaborados gracias a la hegemonía de un grupo social sobre los medios de producción simbólica. Desde este punto de vista se llega al disenso, es decir, a la negación de la legitimidad de la dominación, mediante el contraste cognitivo entre la realidad definida por el poder y la experiencia de la misma desde el ámbito local. Del disenso se pasa a la resistencia cuando se establecen líneas de acción destinadas a contrarrestar la dominación mediante la acción política. La resistencia consiste, por tanto, en el proceso de deconstruir la dominación (el poder) mediante la obstrucción comunicativa o instrumental a su funcionamiento y mediante la elaboración de un poder alternativo basado en otros consensos. La acción no violenta, como contrapoder, podrá establecer estrategias instrumentales basadas en la disrupción, es decir, en la capacidad para interrumpir el funcionamiento del sistema, pero también estrategias comunicativas basadas en la deslegitimización del poder mediante la puesta en evidencia de las contradicciones de su discurso. De ahí que, tal y como hemos expresado más arriba, desde nuestro punto de vista no sea necesaria una distinción entre acción normativa y acción expresiva-dramatúrgica, ya que ambas se refieren a un mismo tipo de proceso cognitivo en lo que cambia es el actor hacia donde se enfoca o desde donde se interpreta.

### **2.3. La tercera dimensión racional de la acción social**

Llegados a este punto, nos ha quedado claro que para analizar la acción no violenta tenemos que tener en cuenta aspectos



instrumentales y comunicativos de la acción sociopolítica, pero creemos, no obstante, que falta una tercera dimensión de la acción y del poder que nos permitirá poder tener en cuenta los procesos en los que la acción se interpreta según la lógica del intercambio o la compensación, y en los que el poder no actúa ni por coerción, ni por persuasión, sino a cambio de algo. Esta otra forma de interpretar la acción nos llevará a deducir que existe otra dimensión de la acción social que no queda recogida en las categorías instrumental y comunicativa de la acción social. Esta sería una dimensión que interpreta la acción atendiendo a la reciprocidad o compensación que subyace tras la idea de intercambio, por lo que la vamos a denominar dimensión compensatoria de la acción social. Esta dimensión tiene un carácter relacional, ya que estudia la acción como una acción de intercambio que cuando se produce en un contexto de asimetría de las partes da lugar a relaciones de poder.

Esta dimensión se correspondería igualmente con la cuarta dimensión racional de la acción social señalada por Jürgen Habermas y que era precisamente lo que él denominaba acción comunicativa y que daba nombre a toda su teoría de la acción. Vinthagen recogería esta otra dimensión racional de la acción con el nombre de acción noviolenta comunicativa, o acción entendida como facilitación de diálogo. Esta dimensión racional interpreta el significado de la acción como un proceso de comunicación orientado hacia el entendimiento. En el caso de la acción noviolenta, esta se entiende como una forma de forzar al oponente a establecer un diálogo acerca de la posible solución del conflicto, es decir, de establecer un nuevo balance de poder más equitativo en el que ambas partes puedan comunicar sus posiciones (Vinthagen, 2015, págs. 122 y 123).

Por otro lado, conviene tener en cuenta que las dimensiones tanto instrumental como comunicativa son dimensiones de tipo teleológico en cuanto se refieren a una interpretación de los propósitos de la acción, ya sea este un propósito instrumental o comunicativo. En cambio en la dimensión compensatoria prima el sentido ontológico y su carácter es más bien explicativo, por lo que

requerirá de las dimensiones instrumental y comunicativa para su análisis, así como de otras consideraciones de tipo causal que veremos en la teoría de la acción política y que aludirían al por qué de cierto tipo de decisiones, como, por ejemplo, por qué se acepta o se rechaza la visión hegemónica o por qué se opta por la acción no violenta en vez de la lucha armada u otro tipo de estrategias políticas.

No obstante, el camino hasta esta consideración relacional del poder fue precedido por una consideración de los límites a la libertad humana, y, por consiguiente, a la capacidad voluntarista de elección, dados por las estructuras sociales en las que se inserta el individuo que posibilitan y restringen esa capacidad. Saliéndose de la perspectiva dominante en su tiempo, Norbert Elias ya había concebido a finales de los años treinta a la sociedad como un tejido cambiante y móvil de múltiples interdependencias que vinculan recíprocamente a los individuos. El poder sería en realidad una posición estructural asociada a esas relaciones de interdependencia, de forma que se tiene poder sobre alguien en la medida en que depende de otros que no dependen de ese alguien (Elias, 1939). Esto quiere decir que se trataría ya de una concepción del poder como relación, de una teoría relacional del poder.

Elias denominó “configuración” a las formas específicas que ligan a unos individuos con otros, en las que se dan interdependencias inconscientes en condiciones de asimetría o desigualdad. Así pues, señalaba que a pesar de ser relaciones asimétricas, en realidad constriñen a todos, e incluso al absolutista Rey Sol, quien vería delimitado su campo de acción por estas configuraciones. De este modo las configuraciones (es decir, el tejido de interdependencias) proporcionan el margen de acción, pero, a la vez, imponen los límites a la libertad de elección (Elias, 1939). Esta visión, al aplicarla a la teoría del poder como consentimiento, implicaba un constreñimiento del campo de elección del individuo, que desde esta perspectiva no es, en realidad, tan libre como para dar su consentimiento o no a las relaciones de

poder que le impone la configuración social.

Por otro lado, la teoría del intercambio social explicaría el poder como resultado de la asimetría en una relación de intercambio, que dejaría en situación de dependencia a quien menos contribuye (Blau, 1964). Esta línea sería completada por Michel Crozier y Erhard Friedberg, que, desde el campo de la teoría de la organización, interpretaron el poder como una relación de intercambio desigual, o dicho de otra manera, de una negociación asimétrica, es decir, en la que los términos del intercambio favorecen más a una de las partes implicadas (Crozier & Friedberg, 1977, pág. 11).

Para Crozier y Friedberg el actor desarrolla comportamientos racionales dentro de un juego constante conducido entre el actor, que tiene sus recursos, y el sistema (la organización), que ejerce sus presiones. De esta manera, el actor negocia su cooperación utilizando sus recursos a cambio de ciertos beneficios. Según este punto de vista, lo importante para analizar una relación de poder, como es la que se produce mediante la acción violenta o la noviolenta, es estudiar los recursos que dispone cada parte para ampliar su margen de libertad, lo cual requiere salir de la lógica del discurso, para centrar el análisis en los procesos concretos a través de los cuales ese discurso puede plasmarse en hechos (Crozier y Friedberg, 1977, pág. 11). Tal y como ellos mismos señalan:

Poder y organización están ligados entre sí de manera indisoluble. Los actores no pueden alcanzar sus propios objetivos más que por el ejercicio de relaciones de poder, pero al mismo tiempo, no pueden ejercer poder entre sí, más que cuando se persiguen objetivos colectivos cuyas propias restricciones condicionan en forma directa sus negociaciones. Posteriormente, las estructuras y las reglas que rigen el funcionamiento oficial de una organización, son las que determinan los lugares donde podrán desarrollarse las relaciones de poder. Al tiempo que definen los sectores en que la acción es más previsible, y que organizan procedimientos

## ■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

más o menos fáciles de controlar, crean y circunscriben zonas organizativas de incertidumbre que los individuos o los grupos tratarán de controlar para utilizarlas en la consecución de sus propias estrategias, y alrededor de las cuales se crearán, por ende, relaciones de poder. El poder, junto con las capacidades de acción de los individuos o de los grupos dentro de una organización, depende del control que puedan ejercer sobre una fuente de incertidumbre que afecte a la capacidad de la organización para alcanzar sus propios objetivos. Así, cuanto más crucial para la organización sea la zona de incertidumbre controlada por el individuo o grupo, mayor será su poder (Crozier y Friedberg, 1977, pág. 17-18).

Crozier y Friedberg no niegan la coerción ni la persuasión como forma de conseguir la cooperación (es decir, las dinámicas instrumentales y comunicativas de la acción), ya los consideran recursos del actor o del sistema, pero se centran en los procesos de negociación como procesos que no se basan en la restricción o sumisión de las voluntades sino en la necesidad de colaboración mutua. Dado que su estudio es la acción colectiva dentro de una organización y no la acción política logran poner de manifiesto esta otra dimensión racional del poder cuya racionalidad no queda satisfactoriamente explicada con la idea de poder como consentimiento. Su enfoque se centra por tanto en el dilema de la cooperación, lo cual que no quedaba muy claro en el enfoque del poder como obediencia, y dado que se trata de una relación recíproca, uno no está totalmente desvalido frente al otro, sino que tiene sus recursos para negociar. El poder reside, desde este punto de vista, en el margen para rehusar lo que el otro pida, siendo los recursos como la fuerza, la riqueza el prestigio o la autoridad simples medios para conseguir una libertad de acción más grande (Crozier y Friedberg, 1977, pág. 16).

Esta forma de interpretar la racionalidad de la acción sería totalmente coherente con la teoría de la acción comunicativa de Habermas en cuanto para el filósofo la cuarta dimensión racional de

la acción social, la acción comunicativa, estaría orientada al diálogo entre las dos partes, teniendo como objetivo el llegar a un nuevo consenso. En el análisis de Stellan Vinthagen de la acción noviolenta, esta dimensión racional de la acción social lleva a entender a la acción noviolenta como una forma de dinamizar un acuerdo social, propuesta que, como veremos en el capítulo correspondiente, se corresponde con las visiones de importantes activistas de la acción noviolenta, como Barbara Deming, Martin Luther King o David Dellinger.

Desde el punto de vista de la acción social, esta dimensión del poder como intercambio nos permite interpretar el proceso de interacción social como una negociación en la que se produce un intercambio en el cual se ofrece algo y se demanda algo, y la acción social como una forma de dar valor a lo que se ofrece para así ayudar a conseguir lo que se demanda. De esta manera se supera el dilema del voluntarismo presente en la teoría del poder de Gene Sharp (1973), y que como veremos más adelante, supone una de sus principales trabas. Para el autor norteamericano, la no colaboración es simplemente una cuestión de decisión voluntaria porque parte de procesos en los que el actor noviolento ya está movilizadado y por lo tanto ya se ha dotado de recursos comunicativos para dotarse de capital simbólico que le proporciona legitimidad y la resta a su oponente, al menos dentro de su grupo de referencia (Sharp, 1973). Para muchos movimientos que tratan de poner en marcha las ideas estratégicas de Sharp, simplemente no pueden llegar a plantear si quiera dinámicas de no colaboración porque no pueden hacer frente a los procesos de hegemonía cultural, disciplina, formación de consenso, violencia cultural o poder invivible que los relegaba a movimientos minoritarios. Desde la perspectiva de poder como intercambio, al reconocer específicamente la necesidad de dotarse de poder de negociación del actor, se entiende que hacen falta procesos comunicativos, sin negar los instrumentales, que doten de capital simbólico, y por tanto de legitimidad al actor.

Es fundamental por tanto integrar la teoría bidimensional que

hemos desarrollado más arriba con la visión del poder como intercambio, de forma que podamos tener en cuenta que las dinámicas instrumentales y comunicativas se pueden contemplar como recursos que ponen en marcha los actores para dotarse de poder. Eso lo vamos a hacer en el siguiente apartado.

## **2.4 Las teorías tridimensionales del poder**

Desde la ciencia económica se han esforzado por incluir diferentes versiones del intercambio en su taxonomía del poder para dejar claro que, desde el mercado y otras negociaciones o formas de intercambio, también se están poniendo en marcha estrategias de poder. Desde este punto de vista se acepta la idea ya esbozada desde otros ámbitos de que el poder implica intercambio, pero se invierten los términos diciendo que es el propio intercambio desde donde se genera poder, con lo que igualmente se añade una nueva dimensión racional al concepto de poder, como es la del intercambio, que llega incluso a institucionalizarse en el mercado mediante la figura del dinero, como dejara bien claro el sociólogo Georg Simmel en su “Filosofía del Dinero” (Simmel, 1908).

Por un lado, el reconocido economista John Kenneth Galbraith, en su anatomía del poder, distinguió tres formas con las que se ejerce el poder, que denominó condigno, compensatorio y condicionado (Galbraith, 1985). En la esfera del poder condigno (que empleaba como sinónimo de “coercitivo”) la obediencia se activa por miedo al castigo y llega, como consecuencia, en forma de órdenes, con lo que la pregunta pertinente que se elabora desde el sujeto del que se pretende obediencia es quién lo manda. Por el contrario, en el poder compensatorio la obediencia se activa por el intercambio y llega en forma de recompensa, a veces expresada bajo el sistema de precios, con lo que la pregunta pertinente que elabora el sujeto desde este ámbito es cuánto vale o mejor aún, qué me das a cambio. En cuanto al poder condicionado, para Galbraith la obediencia se consigue por modificación de las creencias y llega en forma de persuasión, de manera que la pregunta pertinente que

elabora el sujeto sobre el que se pretende obediencia es ¿por qué? Frente a los tres tipos de poder, Galbraith, señaló también tres fuentes de poder: la personalidad, la propiedad y la organización, que dan acceso, en diferente medida, a cada uno estos tipos de poder.

Lo que nos interesa del enfoque de Galbraith es que hay una importante aportación para las teorías de la acción social que subyacen detrás de la teoría del poder al considerar al intercambio como acción compensatoria y colocarla en el mismo nivel que la acción instrumental que se puede adivinar detrás del poder condigno y de la acción comunicativa (o expresiva, o simbólica) que adivina detrás del poder condicionado. Esta visión contrasta directamente con la idea bipolar expresada en la ya clásica tautología Poder = coerción + consenso. Sin embargo, hay que tener en cuenta en este sentido que ya Friedrich había señalado que junto a una coerción física y otra psíquica, existe una forma de coerción económica consistente en la asimetría en la asignación de recursos que permite negociar en condiciones ventajosas a sus monopolizadores, ya sean los medios de producción como habría señalado Marx, o cualquier otro recurso o bien (Friedrich, 1968, págs.. 189-190). No nos detendremos a analizar si lo que denomina coerción psíquica es realmente una forma de persuasión o de coerción, lo que nos interesa ahora es simplemente resaltar que Friedrich ya había tenido en cuenta el ámbito económico en las relaciones de poder aunque no lo incluyera directamente en su tautología, que limitó a dos dimensiones, como acabamos de recordar.

De la misma manera, el también economista Kenneth Boulding desarrolló una teoría del poder también en tres ejes cuyas dimensiones son en cierto modo similares a las de Galbraith, aunque, dado su interés por el estudio del conflicto, se centraba en diferentes aspectos. Así pues este pensador cuáquero desarrolló cuatro series de categorías tridimensionales que recogen diferentes aspectos del poder (Boulding, 1993). En un primer lugar, atendiendo a las consecuencias del poder, las categorías serían poder destructivo, productivo e integrador. El primero sería la capacidad

para destruir, el segundo la de construir y el tercero sería “un aspecto del poder productivo que lleva aparejada la capacidad de construir organizaciones, de formar familias y grupos, de inspirar lealtad, de unir a la gente, de crear legitimidad” (Boulding, 1993, pág. 30). La siguiente trilogía de categorías que presenta serían las conductas relacionadas con estos tipos de poder y serían, según Boulding, la amenaza, el intercambio y el amor respectivamente. La tercera categorización sería la relativa a las instituciones que ejercen el poder, distinguiéndose los ámbitos político y militar, el económico y social. Por último, en cuanto se centra en las fuentes del poder no se ciñe al esquema tridimensional y señala fuentes físicas, químicas y materiales, que expande de forma poco clara a la energía, la comunicación y el conocimiento.

Sin embargo, a pesar de lo sumamente sugerente de la propuesta de Boulding, faltan en él las variables que nos interesan para el estudio de la acción no violenta, que son la coerción y el consenso, que quedan subsumidas confusamente dentro del poder como amenaza y del poder como amor. No obstante, hay que señalar que este modelo, al igual que el de Galbraith, nos ofrece importantes enseñanzas en cuanto a la necesidad de pensar el poder de forma tridimensional, es decir, de considerar una tercera variable en el poder además de la coerción y el consentimiento que han señalado los estudiosos de la materia. Además, nos lleva a tener en cuenta variables emocionales (miedos, afectos...) y a aplicar una categorización tridimensional para entender la dominación, cosa que nosotros lo haremos en el próximo capítulo.

De la misma manera, la teoría feminista sobre el empoderamiento nos habla también de tres dimensiones de poder, el poder visible, el poder invisible y el poder oculto (Weneklasen y Miller, 2002). El poder visible es el poder institucional oficial que genera las normas sociales y los instrumentos para cumplirlas, y refleja por tanto dinámicas instrumentales. El poder invisible se refiere al control de la información mediante prácticas culturales que lleva a la interiorización de la subordinación mediante dinámicas



comunicativas. El poder oculto se refiere a procesos de exclusión y deslegitimación de ciertos grupos sociales y cómo sus demandas son invisibilizadas por procesos de intimidación, desinformación, y cooptación, o relegadas al ámbito privado y excluidas del ámbito de acción del Estado. Es decir, el poder oculto define la agenda política y excluye de las cosas a discutir las demandas de grupos marginales. Esa exclusión se produce precisamente mediante procesos que desempoderan a estos grupos sociales, por lo tanto se puede considerar un reflejo de dinámicas compensatorias, aunque no hay que perder de vista que en realidad hace referencia concreta al poder de definir la agenda política.

De forma similar la teoría del conflicto de Johan Galtung reconocería una tercera forma de poder a añadir a las derivadas de la violencia directa, de carácter instrumental y a la violencia cultural, de carácter comunicativo, otra forma de violencia que reflejaría dinámicas compensatorias, como es la violencia estructural. Para Galtung la violencia estructural implica a todos los procesos que niegan las posibilidades de desarrollo personal, por lo que hace referencia, al igual que el poder oculto, a procesos estructurales de desempoderamiento de determinados grupos sociales sobre los que se establece una relación de dominación. En ambos conceptos, el de poder oculto y en el de violencia estructural, son útiles para interpretar la mecánica de la dominación y por tanto para poder elaborar estrategias de resistencia que no se tienen en cuenta en análisis voluntaristas de la acción política, como el de Sharp, que no tienen en cuenta este tipo de dinámicas de dominación basadas en la distribución asimétricas de los recursos.

Comprobamos por tanto que la capacidad para la acción (ya sea violenta o noviolenta), la credibilidad que proporciona legitimidad a las fuentes de conocimiento y la propiedad (y el dinero) se convierten en las fuentes de poder que determinan la posición de cada individuo o grupo en el esquema general de distribución del poder. Si el sujeto del que se quiere conseguir obediencia es forzado a ello, ya sea por métodos violentos o noviolentos, tenemos poder por coerción; si acepta voluntariamente plegarse a los deseos del

que ejerce poder sobre él, tenemos poder por consenso y si acepta a cambio de algo, tenemos poder compensatorio. Habría que resaltar, además, que como ámbitos de poder estas dimensiones de la acción pondrían de manifiesto posibles formas de dominación. En el ámbito de la acción instrumental, el poder se ejerce por coerción, y la dominación se produce por el monopolio de la capacidad para ejercer coerción, ya sea violenta o noviolenta. En el ámbito simbólico en el que el poder se ejerce por convencimiento, la dominación se ejerce al monopolizar la definición de la realidad creando consensos por la legitimación y normalización del orden social que entre otras cosas calificaría de legítimo ciertos usos de la violencia. En el ámbito de la negociación, el poder se ejerce por medio del control del proceso de intercambio y la dominación se ejerce por el monopolio de la propiedad de los objetos sujetos a intercambio (principalmente dinero, si nos encontramos en sociedades con economías monetarias, pero también otros recursos económicos).

La forma de entender el poder abarcando estas tres dimensiones, ha sido expresada por Vinthagen como una forma de subordinación participativa (Vinthagen, 2015, pág. 205). Por subordinación se puede entender el proceso por el cual una persona se convierte en una herramienta (aspecto instrumental) y por participativa como un proceso que implica la colaboración del mismo, y por tanto su consentimiento, al renunciar a la responsabilidad individual por su comportamiento (aspecto comunicativo) (Vinthagen, 2015, pág. 179). Si introducimos la tercera dimensión, obtenemos la forma en que ese consentimiento se establece es por negociación en base a los recursos instrumentales y comunicativos de los que dispone cada actor, lo cual permite alejarnos de ideas voluntaristas que nos lleven a plantear propuestas irreales acerca de cómo negar la dominación (como sucede en la teoría de Sharp). Este voluntarismo se basa en la premisa de que los individuos son libres para elegir racionalmente, es decir, en la teoría de la elección racional, pero no es así, su capacidad para elegir está medida por esquemas cognitivos, lo cual viene a decir que no es un proceso racional sino

emocional, al depender estos sistemas cognitivos de la identidad colectiva que asuma esa persona. Existe la opción de decir no, pero no es tan sencillo como alzar la voz y decirlo, sino que exige el reconocimiento y superación de una distribución de poder invisible, oculto, disciplinaria o hegemónica que a modo de violencia cultural legitima una situación social con una distribución de recursos asimétrica.

Esto nos lleva a entender la resistencia como un proceso de romper esa subordinación mediante la dotación de recursos por parte de las personas y grupos subordinados, es decir, de su empoderamiento.

La adopción de esta visión tridimensional del poder tiene una consecuencia directa sobre la teoría estratégica de la acción noviolenta, y es que no sólo se puede llegar al éxito mediante procesos de disrupción que posibiliten la coerción noviolenta (Sharp) o procesos de deslegitimación que favorezcan el triunfo de la persuasión noviolenta (Gandhi), sino que desde el punto de vista compensatorio lo que priman son procesos de empoderamiento mediante los cuales los actores noviolentos se dotan de poder para poder forzar al oponente a procesos de acomodación que satisfagan sus demandas (King). Precisamente el caso del movimiento Nasa del Cauca que estudiamos en esta investigación es un claro ejemplo en el cual la estrategia de “fortalecimiento desde adentro” ha ido consiguiendo poco a poco los objetivos del movimiento, como también lo es el proceso de concienciación producido en el movimiento antiapartheid durante los años 70 gracias al Movimiento Conciencia Negra. Una de las propuestas de esta investigación es precisamente el énfasis estratégico en el empoderamiento del propio actor, por lo que las acciones de disrupción y deslegitimación no deben orientarse hacia la derrota directa del oponente, ya que puede generar errores estratégicos al no estar el movimiento lo suficientemente preparado para la confrontación final, sino hacia el empoderamiento propio y mantener siempre la visión puesta en el largo plazo.

## **2.5 La teoría tridimensional de la acción**

Así pues, si añadimos esta tercera dimensión racional de intercambio a nuestra teoría de la acción social, hasta ahora bidimensional, podremos dilucidar una acción desde el punto de vista instrumental, atendiendo a la transformación del entorno realizada para conseguir un fin, desde el punto de vista comunicativo con respecto a cómo se interpreta desde los distintos vértices del triángulo comunicativo, y, desde el punto de vista compensatorio, como un recurso puesto en marcha para dotarse de poder en una negociación en la que se está demandando algo en compensación de otro algo. Si lo interpretamos ahora como acción política, vemos que la acción puesta en marcha por el actor le confiere cierto poder de negociación a la hora de plantear una serie de demandas al poder del oponente. Toda acción puede interpretarse, por consiguiente, además de atendiendo a los objetivos instrumentales y simbólicos de la misma, como una manifestación de la capacidad de negociación en un proceso de intercambio en el que el poder se ejerce desde el ámbito compensatorio, de manera que el actor busca ofrecer algo con lo que negociar.

En el caso de la acción política, lo que se negocia son precisamente las demandas que establece el movimiento y el proceso político en el que se ve envuelto será desde el punto de vista del poder compensatorio el proceso de dotarse de poder para poder exigir a la otra parte la satisfacción de esas demandas. De esta manera, la propia acción política, ya sea noviolenta o violenta, se convierte en la moneda de cambio para obtener esas demandas. Se trata de ofrecer algo que la otra parte puede desear, como sería el caso del cese de la violencia o de la acción noviolenta que está importunando a la otra parte. De este modo, la capacidad para ejercer la violencia servirá como índice del poder negociador del movimiento en el caso de la acción violenta. Por el contrario, en el ejemplo de la acción noviolenta, además de esos aspectos

instrumentales derivados de los perjuicios que puedan ocasionar las movilizaciones, también existen aspectos comunicativos que hacen perder legitimidad al oponente y que también por ello le puede convenir tratar de detener. Así pues, en el caso de un boicot, el actor no violento ofrece como contrapartida a la concesión de las demandas que exige el cese de los perjuicios ocasionados por el boicot, así como de la erosión a la credibilidad del oponente que éste conlleva. En este sentido, la acción política no institucional, ya sea violenta o no violenta, se puede entender como un acto destinado a mostrar y demostrar poder para que sirva como referencia en un futuro proceso de negociación, algo para ofrecer a cambio de las pretensiones. Como avanzábamos más arriba, el concepto clave que hay detrás de este proceso es el de empoderamiento, entendiendo este como el proceso de dotarse de poder negociador cara a futuros procesos de intercambio de colaboración. Está claro que este punto de vista no es más que una posible interpretación a medio o largo plazo, pero que debe ser también tenida en cuenta estratégicamente porque activa otra dimensión racional del poder, la compensatoria, en vez de la meramente persuasiva.

Esta visión de la acción no violenta como proceso de empoderamiento es así mismo totalmente coherente con la visión de no violencia como forma de buscar un nuevo consenso mediante el uso de un repertorio de acción con cuatro dimensiones racionales que propone Vinthagen. La orientación al diálogo tal y como él la interpreta consiste igualmente en un proceso de rechazo del consenso social y previo con la consiguiente búsqueda de un nuevo consenso mediante el intento de establecer mediante diversas acciones unas nuevas condiciones de diálogo en las el reparto de los recursos haya variado. Se trataría de un intento de llegar a la situación ideal de diálogo referida por Habermas (Vinthagen, 2015, pág. 327). Para este autor, es fundamental tener en mente las diferentes dimensiones racionales de la acción para evitar caer en contradicciones o malas interpretaciones que echen por tierra esfuerzos en una dirección equivocada. Lo expresa así:

## ■ Jesús Castañar Pérez: Las Dinámicas de la Resistencia Civil

Si las varias formas de racionalidad son combinadas con habilidad, el repertorio de acción puede funcionar con fuerza creativa y transformadora en un conflicto. Pero si la combinación no funciona en el contexto social, estará dominada por uno de los tipos de acción a expensas de otros, y se correrá el riesgo de que la noviolencia pierda su carácter único y distintivo y aparezca como incompresible o contradictoria. La tentación de dedicarse a una sola de las dimensiones racionales es considerablemente grande, ya que las combinaciones posibles requieren de conocimiento práctico y teórico sobre noviolencia, experiencia en luchas previas, un buen análisis del conflicto y su contexto, así como la habilidad para discernir los resultados (a veces invisibles) de este tipo de experimento social. No es del todo inusual que los repertorios de acción no violenta se expandan a otros movimientos de forma fragmentada. Tampoco es sorprendente que estas versiones diluidas de la noviolencia hayan creado prejuicios sobre la misma. (Vinthagen, 2015, pag. 310-315, traducción del autor)

En este sentido, el punto de vista que vamos a mantener en este trabajo pretende ayudar a evitar estos problemas estratégicos de interpretación de la acción no violenta. Desde nuestra perspectiva, cada acción sociopolítica se puede interpretar, además de como un proceso instrumental y un proceso comunicativo, como un proceso de empoderamiento. No se trata de que una acción social o política se pueda clasificar dentro de una de estas tres categorías, sino que puede ser interpretada con respecto a estos tres puntos de vista, y una vez tendrá más importancia unas y, en otros casos, alguna de las restantes otras, por lo que en unas circunstancias tendrá más sentido centrarse en el análisis de los aspectos instrumentales, otras en los simbólicos y, por último, cuando interpretemos ambos desde un punto de vista compensatorio tendremos otro tipo de respuestas. No se trata por tanto de categorías sino de dimensiones racionales (tipos de

racionalidad), y por tanto no son excluyentes entre sí. Este punto de vista sería totalmente coherente con la visión de Kurt Schock acerca de las variables clave para el éxito de la acción noviolenta interpretadas como una forma de empoderarse frente al oponente:

Una variable clave para el éxito de una insurrección no armada no es el monto de violencia que la acompaña, sino más bien la capacidad de permanecer resiliente en un contexto represivo, y el incremento de su poder en relación con el Estado, sea directamente al cortar las fuentes de apoyo a éste, o indirectamente al movilizar el apoyo de terceras partes que tienen poder contra el Estado contra el que se dirige el desafío. (Schock, 2008, pág. 261)

Así pues, si entendemos el poder como una relación de subordinación participativa, hemos de considerar que ésta ha de poder ser contemplada tridimensionalmente, al igual que cualquier otra acción social, con lo que la tautología correcta para el estudio de la acción política sería: *Poder = coerción + consenso + compensación*. Esto significa que en las relaciones de poder se pueden encontrar elementos de coerción, consenso (yendo así más allá que la mera persuasión o el consentimiento individual y voluntarista), pero también de negociación o intercambio, todo ello dependiendo del punto de vista que se mantenga. Esta tercera dimensión racional nos permite, además, tener en cuenta determinados aspectos compensatorios de la acción social relativos al poder de negociación de cada actor.

Al seguir esta teoría tridimensional de la acción llegaremos inevitablemente a una teoría del poder tridimensional en la que cada ámbito o dimensión racional del poder es generado por un ámbito o dimensión racional de la acción en la que están presentes aspectos sociales de la misma (que superan el voluntarismo) e irracionales (que tiene en cuenta cómo afecta a los esquemas cognitivos las identidades). Por un lado la búsqueda de la obediencia mediante la acción instrumental generaría coerción, ya que el castigo sería el medio o instrumento para conseguir la

obediencia; mediante procesos de influencia social produciría consenso y, por último, mediante procesos de intercambio negociado se produciría una compensación en la que la obediencia se obtiene a cambio de recompensas de cualquier tipo. Esta teoría de la acción y del poder nos será de mucho interés para el estudio de la acción no violenta, pues coincide, creemos que no por casualidad, con los tres mecanismos para el éxito de la misma descritas por Sharp, que, como veremos más adelante, son éxito por coerción, por conversión y por acomodación. Estos tres mecanismos deben ser revisados para que se adapte de forma coherente a esta teoría del poder tridimensional que como hemos visto, es una síntesis de diferentes aportaciones al respecto.

Esto nos lleva a construir una teoría tanto de la dominación como de la resistencia que nos proporcione un modelo coherente con la teoría tridimensional de la acción y del poder que se ha expuesto más arriba, con las propuestas tanto del enfoque del proceso político como de la teoría de la acción no violenta. Esta teoría nos permitirá discernir los procesos previos a la acción política que posibilitaran la existencia y orientación de la misma hacia formas de acción política convencionales, violentas o no violentas.

En los siguientes capítulos nos dedicaremos a esta tarea. Primero, haremos un análisis exhaustivo de los procesos de coerción no violenta, conversión y acomodación, de manera que refleje las dinámicas coercitivas, comunicativas y compensatorias que los rigen. Posteriormente aplicaremos este análisis de las dinámicas de poder a los procesos de resistencia para poder entender los procesos necesarios para que exista o no acción no violenta. Finalmente realizaremos un análisis de los factores que estas dinámicas de poder ponen en marcha y adecuarlos igualmente a esta epistemología. Antes, vamos a ver las categorías que genera la teoría tridimensional del poder y su utilidad para el estudio de los procesos de dominación. Lo haremos en el capítulo siguiente.